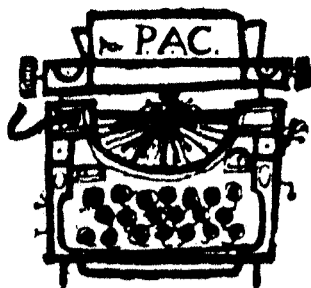


escrito a máquina

Nuestra situación cultural



Las autoridades de la UNAN me pidieron participar como expositor en un panel sobre "EL TERREMOTO Y LA CULTURA" que se verificó el martes. Esta es la primera parte de mi exposición (que se refiere a la destrucción de los medios culturales). La segunda, que aborda el problema de la reconstrucción cultural de la ciudad, la publicaré el próximo sábado.

Un estudiante, oyéndome hablar con dolor en vez pasada sobre la destrucción de nuestras librerías y bibliotecas, me lanzó una pregunta que yo recibí como una estocada: —¿Y para qué queremos ahora libros? me dijo. Es la misma pregunta que me hacia hace tiempo un discípulo de mi clase de historia de la Cultura en la UCA: —¿Y para qué sirve la cultura?.

Y estas mismas mentalidades, en el momento actual, agregarían: lo que se necesita es producción, o bien, lo que se necesita es revolución.

Cierto ¡hombres prácticos! ¿De qué sirve la cultura? Es bueno hacernos esa pregunta desde el comienzo. Porque resulta que el hombre es el único animal que ha trascendido su naturaleza y que le ha agregado algo que no le daba la naturaleza: y ese "algo" es la cultura. Es decir, lo que hace al hombre humano, lo que lo saca de su naturaleza animal es la cultura.

El hombre va haciendo historia y va evolucionando hacia la Civilización en tanto que va inventando y aprendiendo cosas que no le son naturales. "Lo natural en el hombre es ser in-natural. Superar lo natural. Crear cultura y aprender cultura.

Una inicial cultura le hizo inventar y perfeccionar el arco, la flecha, la rueda, la habitación, la agricultura, etc. Unos libros le hicieron miles de años después conservar y estudiar y evolucionar los conocimientos culturales adquiridos en el pasado. Cultura y libros lo hicieron civilizado. Cultura y libros lo hicieron luchar por derechos y libertades cada vez mayores porque cada vez adquiría el hombre más cultura para conocerse. Por cultura puedo ser hoy revolucionario. Si no tuviera cultura no pasaría de ser un elemental esclavo. Cultura es nuestra lengua; libro es nuestra lengua. Cultura nuestra sed de justicia. Quitale lo que tiene de cultura a tu casa, y vuelves a la caverna. Quitale lo que tiene de cultura a cualquier pueblo y regresa a la horda salvaje.

El terremoto nos ha destruido, o disminuido a niveles alarmantes, los instrumentos de cultura: eso quiere decir que estamos expuestos a un descenso de la nacionalidad que no sabemos qué consecuencias puede tener. Nos asedian fuerzas interiores y exteriores que —sin una resistencia cultural poderosa— pueden borrar nuestra fisonomía de pueblo.

(Esto no significa que yo niegue otra clase de resistencia. ¡Toda resistencia eficaz sea bienvenida! Lo que yo niego es que la espada de Sandino tenga que renegar de la pluma de Rubén. Al contrario, afirmo que si al héroe segoviano no le hubiera antecedido la Oda a Roosevelt de Rubén, ni América ni Sandino hubieran tenido tan despierto el sentido de la dignidad nacional y de su defensa. Lo que yo niego es que la producción se pueda hacer a expensas de la cultura, o que el desarrollo individual exija posponer el desarrollo intelectual. Al contrario, si la producción aplasta la cultura, aplasta al hombre: ¡Ni la producción ni la revolución pueden hacerse PARA EL HOMBRE si no las acompaña una producción o una revolución cultural!)

¿Para qué sirve la cultura? —Sirve para saber qué somos, sirve para defender eso que somos, pero, sobre todo sirve para saltar desde LO QUE SOMOS a LO QUE PODEMOS SER.

Pues bien —hecha esta aclaración preliminar— revisemos nuestra situación cultural post-terremoto. Creo que esta situación —en orden a los medios e instrumentos culturales— puede sintetizarse en una sola frase: **Quedamos a nivel cero.**

Dichosamente la pérdida de valores humanos, la pérdida de hombres dedicados a labores culturales, fue casi nula, aunque muchos sobrevivientes se fueron al extranjero. Quedando el hombre, queda la posibilidad de todo, incluso los que se fueron pueden volver, pero, siempre que se les den medios. Y esa es la gran crisis cultural producida por el terremoto. La destrucción de nuestros medios, instrumentos, instituciones y organismos culturales ha sido casi total.

Comencemos el inventario en lo que atañe al libro. La Biblioteca Nacional, la mayoría de las bibliotecas particulares, todas las librerías, todos los fondos editoriales de nuestras incipientes editoriales, se perdieron o

fueron consumidos por el fuego. Esta destrucción es catastrófica en lo que se refiere a libros nacionales y más todavía en lo que se refiere a archivos y documentos perdidos para siempre. La crisis del libro nacional ya ha comenzado a sentirse gravemente en el magisterio. Pero su falta tiene proyecciones más peligrosas y profundas. Porque al carecer de libros y de documentos la cultura de un país sufre un lavado de cerebro en sus futuras generaciones. Nuestra nacionalidad, todavía en proceso y pobre, se debilitará todavía más por falta de elementos propios o porque han quedado cegadas o se han hecho inasequibles sus fuentes de información histórica y cultural. Si este vacío persiste nos invadirán insensiblemente otros libros, otras lecturas, y nos iremos desinteresando de nosotros mismos, olvidándonos de lo propio y revistiéndonos de culturas prestadas, no asimiladas que nos harían perder nuestra autenticidad.

Es urgente una campaña de nuestros organismos culturales para buscar ayudas internacionales y para crear conciencia entre los hombres de empresa y entre las instituciones económicas de la inaplazable necesidad de cubrir ese grave vacío del libro nacional. Urge planificar una labor editorial coordinada de los libros más necesarios y la organización de alguna forma nueva y más funcional de servicio de bibliotecas para lo cual podemos lograr el asesoramiento y la ayuda de instituciones mundiales, como por ejemplo la UNESCO.

Pero sigamos el inventario: además de la destrucción de nuestro Museo Nacional y de buena parte de las ricas colecciones arqueológicas particulares (destrucción que nos exige ahora una política de conservación de nuestra riqueza histórica y artística, rígida hasta el extremo), tenemos que agregar la pérdida total de los centros, salones y auditorios donde comenzaba a florecer una incipiente vida cultural capitalina. Fuera de esta universidad, sobrecargada de actos y falta de espacio, el hijo de la cultura no tiene piedra en qué reposar la cabeza. Tenemos que unirnos, tienen que asociarse todos los organismos y todas las fuerzas vivas de la cultura para tener techo y lugar, para tener una "Casa de la Cultura" que cobije y haga posible nuestra reconstrucción y nuestro renacimiento culturales.

Porque además del techo, la catástrofe terminó con todas las publicaciones y revistas literarias y de otra índole que se publicaban en Managua. ¿Cómo lograr que vuelvan a aparecer y que el nicaragüense culto no se habitúe a vivir en un país desolado, sin letras, sin investigación, sin inquietudes creadoras?

Pero la lista de la destrucción de nuestros medios e instrumentos de cultura se torna más negra y desesperante al llegar al terreno educacional. No voy a enfatizar sobre lo que significa en nuestra ya descuidada política educacional, la destrucción de 849 aulas de primaria y 361 de secundaria entre ellas 283 de enseñanza privada. Sobre esa decapitación de nuestra enseñanza de bachillerato, tenemos que amontonar los escombros de nuestra enseñanza superior, con la destrucción de la UCA y del Politécnico y con casi dos millones de pérdida de la UNAN. Perc lo que no destruyó el terremoto en esta universidad, lo acabó de hacer la política equivocada —y fatal para nuestro futuro— del gobierno, reduciendo su ya reducido presupuesto en 976 mil córdobas en los momentos más críticos de su existencia.

Al hacer esta lista o este inventario sobre nuestros instrumentos culturales creo que todos estarán de acuerdo conmigo en mi apreciación de que hemos quedado en el nivel cero. Sólo después de la Guerra Nacional quedó el nicaragüense tan reducido a nada, a cenizas, en sus medios culturales, como ahora. Esto nos exige un esfuerzo gigantesco. Nos dejaremos hundir en ese vacío hasta convertirnos, espiritualmente, en un pueblo colonial, dependiente absolutamente de influencias culturales extranjeras? ¿Seremos capaces de responder a este reto de la adversidad?.

PABLO ANTONIO CUADRA